

cia del indio sobre la población netamente española de México, preservados hasta el presente, son señales que hacen confiar al que hoy procura el bienestar de México, que el futuro reserva grandes cosas para el indio, cuando la educación y más favorables oportunidades para ella, se hayan extendido hasta las más remotas regiones de la República.

Hay que tener presente la obra de indios de raza pura, como el gran Juárez, en la esfera política y legislativa, Ignacio Ramírez en literatura, y la de muchos criollos notables, entre los cuales el de mayor mérito es Díaz, para alentar esperanzas y proseguir la magna tarea de educar y levantar á las masas, devolviendo al indio su patrimonio, del que tan injustamente fué despojado hace cuatrocientos años.

CAPITULO XLIII

Condiciones sociales.

En 1821 México no se conocía á sí mismo como nación; no tenía, esto es, no se había formado adecuada concepción de los deberes, derechos y obligaciones que trae aparejados consigo el hecho de la nacionalidad. Había estado su pueblo sujeto por tan largo tiempo, que no podía comprender cuán inestimable presente se le había conferido, con el simple hecho de independizarlo de la dominación española; hecho que le permitía seguir su camino sin trabas de ninguna especie, pero sin más ayuda y protección que la de los esfuerzos individuales de sus miembros y de su esfuerzo colectivo como nación. En algunos respectos los ciudadanos eran patriotas hasta el último grado. Sin embargo, el más patriota de ellos nunca parecía comprender, que el país requería, por derecho inherente á la libertad nacional, algo más que los servicios de la espada, la estrategia del jefe militar y los sacrificios del soldado. Esa abnegación que hizo á innumerables ciudadanos perder la vida en aras de la libertad de su patria, durante los once años de heroica y apasionada lucha que precedieron á la realización de la independencia nacional en 1821, se veía desaparecer como por encanto, cuando estos mismos hombres se lanzaban al terreno de la política. Y no por eso debe suponerse que el patriotismo hubiera disminuido en ninguno de ellos. El mal estaba en que no habían sido educados en la escuela de la tolerancia; no habían sido acostumbrados á pesar las ideas ajenas, y á buscar en ellas lo bueno que pudieran tener y no tan sólo lo malo; y sobre todo, no comprendían que la felicidad del país que tanto amaban, requería, más que nada, el sacrificio de los deseos y ambiciones individuales en beneficio de la comunidad. No podía esperarse que comprendie-

ran el grado de su responsabilidad; durante once años se habían ocupado en batallar por acabar con la autoridad de España en su país; la vida de soldado había venido á ser la vida elegida por todo hombre ambicioso que deseara elevar su nivel social; y la misma incertidumbre que había en todos los demás medios de subsistencia, hacía parecer la carrera de las armas mejor y más productiva de lo que realmente era y menor el riesgo de perder en ella la vida. Patriotas, que ardían en apasionado deseo de combatir, y morir, si era necesario, por la felicidad de su país, peleaban lado á lado con hombres cuyo único interés en la lucha se cifraba en móviles del más refinado egoísmo: su propia utilidad. Mientras que el peligro y la aspiración comunes por la independencia nacional, mantuvieron unidos estos elementos tan incongruos, rara vez se manifestaron el egoísmo y la pequeñez en la ruda vida de las partidas y ejércitos de patriotas, que se mantenían en continuo movimiento, ya por pura necesidad ó por razones de estrategia. Con frecuencia la tensión de una vida esforzada convierte en héroes á hombres vulgares. Y así sucedió en el período revolucionario de la historia de México: los ciudadanos hicieron prodigios de valor en defensa de los derechos de su país; y después, cuando se había conquistado la independencia, á costa de innumerables y sangrientas batallas y legiones de cadáveres regados por toda la extensión del territorio, desde las fronteras del norte hasta las de Guatemala; cuando el país era libre para forjarse su destino entre las naciones de la tierra; estos mismos hombres disputaban y reñían por los puestos públicos y estaban siempre listos para acudir al llamado de cualquier jefe revolucionario, que se levantaba en armas contra el gobierno de su patria independiente.

Estos hombres han sido duramente censurados por los historiadores rectos é imparciales, á causa de su flagrante exhibición de falta de patriotismo; en tiempo en que el país necesitaba del auxilio de todos

sus hijos y cuando las miradas del mundo civilizado estaban fijadas en las colonias de España en América, recientemente independizadas y que habían tomado sobre sí el peso y la responsabilidad de su propio gobierno. Se ha argüido, y aparentemente con razón, que estos hombres, á pesar de los sacrificios que habían hecho por la independencia de su país, eran, en el fondo del corazón, egoístas y corrompidos.

Los niños son egoístas y generosos al mismo tiempo. El egoísmo es instinto natural de la humanidad. Es este instinto el que ha hecho el progreso de la raza posible, no obstante lo que han dicho en contrario los santos en sus predicaciones. El desinterés contribuiría inmensamente á la felicidad del mundo; pero no es sino la infatigable ambición del hombre supremamente ambicioso la que lleva á cabo obras verdaderamente grandes.

Pero los héroes de las guerras de la independencia mexicana, no estaban, considerados en globo, afectados con el supremo egoísmo del hombre que trabaja solamente por su propia prosperidad y gloria. Más bien, su egoísmo era el egoísmo del niño, en cuyo pecho basta una palabra para encender la llama de la generosidad. Eran egoístas simplemente porque eran verdaderos niños en asuntos políticos y en cuestiones de gobierno propio, ignorantes de las fuertes responsabilidades que habían caído sobre sus hombros, é inconscientes de la necesidad urgente que había de que todos los ciudadanos trabajaran juntos para el bien común.

En esos días, dice un autor, "todos los ciudadanos hablaban jactanciosamente de pelear por los derechos de la patria y se dividían en facciones en que reinaba la más refinada demagogia." ¿Pero es esto realmente cierto? ¿No se encontrará más bien la razón de este egoísmo aparente, en el hecho de que estos hombres, cuyo patriotismo no se podía poner en duda cuando el grito por la libertad los llamó al campo de batalla, no eran sino niños en el campo de la política? Como es natural, los hombres que pelearon

valientemente por la libertad de su país, vinieron á ser los primeros gobernantes del mismo. Probablemente eran tan buenos como lo mejor que se podía haber escogido, pues todos eran peculiarmente incapaces para la tarea que tenían delante. Vieron ellos que las cosas no iban bien, de acuerdo con sus ideas. El primer instinto natural era arreglarlas, como habían arreglado la situación triste que España había mantenido durante tanto tiempo en su país. Mas no eran tolerantes, pues la época en que vivían no era época de tolerancia; ni se detuvieron á razonar que el bienestar del país necesitaba la cooperación diligente de todos los buenos ciudadanos. ¿Y por qué lo habían de hacer? No habían tenido otra educación que la ruda del campo de batalla, donde sólo la fuerza y la astucia tenían valor alguno. Ahí, sin embargo, habían aprendido que era su incuestionable deber evitar los males que aquejaran á su país. Los males que vieron ante ellos los juzgaron más grandes de lo que en realidad eran, y creyeron que era su primer deber tratar de eradicarlos, para que el país pudiera marchar con toda firmeza y seguridad á su destino. Como antes he dicho, eran soldados, y naturalmente no sabían más que los métodos de reformar del soldado. Y esta es la razón por la cual recurrieron á la espada. Si hubiera Morelos vivido y llegado á ser el primer Presidente y organizador político de México independiente, su gran habilidad como organizador, su tolerancia y el amor que le profesaban todos los mexicanos, quizá lo hubieran capacitado para conducir á su país por la senda recta, y así, salvado á la nación de más de media centuria de derramamiento de sangre. Pero desgraciadamente murió, antes de que la empresa por la cual dió su vida, estuviera terminada; y Agustín de Iturbide, el héroe del momento, hombre vapo y egoísta, y especialmente incapaz para la difícil tarea de guiar á buen fin los elementos guerreros, cuya unión temporal había hecho posible el éxito de la revolución, vino á ser Emperador de México.



LA CLASE VICIOSA DE MÉXICO.

El mismo título del nuevo gobernante era desafortunado; y la indiscreta ostentación de vanidad de parte del emperador, lo hizo aún peor. Encendió la animosidad de aquellos que habían entrado en el convenio, simplemente con la esperanza de ver surgir orden del caos político que reinaba. Si hubiera sido Iturbide el hombre que después probó ser Díaz, hubiera podido poner á la nueva é inexperta nación en una senda segura de estabilidad nacional y continuo progreso futuro. Pero fracasó, á causa de su desordenada vanidad y de su egoísmo, como fracasó más tarde un hombre mucho más grande que él, Santa Ana.

En realidad, Santa Ana fué, en algunos respectos, uno de los más grandes hombres de la historia mexicana; pero su brutalidad, su falta de sentimientos y su egoísmo cínico, le impidieron llegar á ser el caudillo que México aguardaba para conducirlo fuera de la tierra de esclavitud y de anarquía política, y llevarlo á la tierra prometida de buen gobierno, paz y prosperidad. Si hubiera sido Santa Ana igual á las circunstancias, y hubiera sido seguido por hombres como Juárez, Lerdo de Tejada y Díaz, México sería hoy otro México, y podría estar ya gozando de los beneficios de instituciones políticas completamente libres; para las cuales es aún inepto, después de más de un tercio de siglo de hercúleos esfuerzos de parte del actual Jefe del Ejecutivo de la nación.

Pero el fracaso de Santa Ana hizo casi imposible el trabajo de Juárez; y el éxito dudoso de su sucesor, Lerdo de Tejada, acentuó el sentimiento de intranquilidad y desconfianza que encontró Díaz en los umbrales del Palacio Legislativo, cuando entró como Jefe del Ejecutivo de la Nación.

Cuando se comprenden bien las condiciones con las cuales tuvo que contender el General Díaz, no puede uno menos que quedarse admirado del éxito uniforme que ha coronado todos sus esfuerzos en cada uno de los ramos de la administración. Fué prácticamente sin auxilio alguno la lucha que él em-

prendió. Ciertamente tenía amigos sinceros y ardientes admiradores; pero estos hombres, si bien la mayor parte patriotas de corazón, no comprendían, al igual de Iturbide, Santa Ana y los muchos otros gobernantes que habían desgobernado al México independiente hasta esos días, que el bien del país requería la devoción desinteresada de todos los hombres de buena voluntad; y que lo que se necesitaba con más urgencia era paz y unidad de acción. Fué únicamente Díaz quien tuvo la ilusión de ver algún día á su país grande y gozando de los beneficios de la paz, después de haber visto á los perturbadores de la ley y el orden descender de los montes, rendir sus armas y volver á los mercados del trabajo y la industria. Su ilusión patriótica incluyó un gran pueblo trabajando con firmeza y constancia en el campo del progreso, y educando á sus hijos en los futuros deberes de la vida nacional.

De que esta ilusión ha llegado á convertirse en realidad tanto como es posible que pueda suceder durante la vida de un hombre, espero que estarán convencidos de ello los lectores de esta biografía, cuando cierren este libro después de terminar la última página de su lectura. Si no lo estuvieren, mi trabajo habrá sido en vano y mi labor de sincera simpatía mal empleada.



GENERAL PORFIRIO DÍAZ.